

aquellos grandes ribazos negros, que dibujaban á lo lejos un triángulo brillante de innumerables luces, desgranándose en cordones regulares hacia el Sena! Irene le esperaba allí, y él iba hacia ella con toda la velocidad del tren, con todo su deseo de enamorado, con todo su impulso hacia la vida joven y honrada...

¡París!... Hizo parar un coche para que le llevase á la plaza de Vendôme. Pero á la luz del gas apercibióse de su traje, de sus zapatos cubiertos de lodo, un lodo pesado, espeso, todo su pasado, que aún le detenía pesada y suciamente. «¡Oh, no, esta noche no!» Y volvió á su antiguo hospedaje de la calle de Jacob, donde el Fénat le había alquilado un cuarto junto al suyo.

---

## XIII

Al día siguiente, Cesáreo, que se había encargado de la delicada comisión de ir á Chaville á recoger el equipaje y los libros de su sobrino, y á consumir la ruptura con la mudanza, volvió muy tarde, cuando ya Gaussín empezaba á inquietarse con toda clase de suposiciones locas ó siniestras. Por último un carruaje con baca pesado como un carro fúnebre, torció por la esquina de la calle Jacob, cargado de cajas atadas y un enorme baúl que reconoció ser el suyo, y apareció el tío, que se mostraba misterioso y afligido.

«He tardado más para recogerlo todo de una vez y no verme obligado á volver...» Luego, mostrando los cajones que dos mozos iban colocando en el cuarto: «Aquí la ropa blanca, las prendas de vestir, allí tus papeles, tus libros...



No faltan más que tus cartas; me suplicó que se las dejara para volverlas á leer, para tener algo tuyo... He creído que no había en esto ningún riesgo... ¡Es tan buena muchacha!...»

Respiró á sus anchas, sentándose sobre el baúl, y enjugándose el sudor con su pañuelo de seda cruda, tan grande como una servilleta. No se atrevía Juan á pedirle detalles acerca de la actitud en que la había encontrado, y el otro no se los daba por temor de entristecerle. Y llenaron el vacío de este silencio difícil y preñado de cosas tácitas, con observaciones acerca del tiempo, que desde la víspera había cambiado bruscamente, reapareciendo el frío, con otras reflexiones acerca del lamentable aspecto de aquellos alrededores de París, desiertos y escuetos, llenos de altos hornos de fábrica y esos enormes cilindros de fundición, viveros de los hortelanos. Luego, al cabo de un rato:

—¿No le ha dicho á usted nada para mí, tío?

—No... puedes estar tranquilo.... no te molestará; se ha resignado con mucha resolución y dignidad.

¿Por qué vió Juan en estas cortas frases intención de vituperio y un reproche por su rigor?

—De todas maneras—prosiguió el tío—molestia por molestia, prefiero los arañazos de la Mornas á la desesperación de esa desdichada.

—¿Ha llorado mucho?

—¡Ah, querido mío!... Tanto, y tan bien, y tan de corazón, que yo mismo sollozaba ante ella sin tener fuerzas para...—Dió un bufido, desechó su emoción con ese movimiento de cabeza propio de viejo contemporizador. En fin... ¿qué le hemos de hacer? no es culpa tuya... no podías pasarte la vida allí. Las cosas se han hecho muy decentemente; la dejas dinero, un mobiliario... ¡Y ahora ande viento en popa el amor! Procura llegar al matrimonio con presteza... Esos sí que son otros asuntos demasiado serios para mí... Habrá precisión de que el Cónsul tome cartas en ellos... Yo no sirvo más que para las liquidaciones morganáticas...—Y acometido bruscamente de un nuevo acceso melancólico, apoyando la frente en los cristales, mirando al cielo cubierto, cuya lluvia fluía entre los tejados:

—Es igual; el mundo se va poniendo triste... En mis tiempos se separaba la gente más alegremente que ahora.

Marchó el Fénat, siguiéndole su máquina ele-



vadora, y privado Juan de aquel buen humor bullente y charlatán, hubo de pasar una larga semana, bajo la impresión de vacío y soledad, de toda la negra desorientación de una viudez. En tales casos, hasta sin el pesar de una pasión, no busca la otra mitad de uno mismo, que se echa de menos; porque la vida de dos, la cohabitación de la mesa y la cama, crean un tejido de lazos invisibles y sutiles, cuya solidez no se revela más que por el dolor y el esfuerzo de la ruptura. La influencia del contacto y del hábito es tan milagrosamente penetrante, que dos seres que viven la misma vida llegan á parecerse.

Sus cinco años con Safo no habían logrado aún amoldarle hasta ese extremo; pero su cuerpo conservaba, no obstante, las señales de la cadena, y se resentía de su pesado arrastre. Y de igual modo que varias veces sus pasos le hubieran llevado solos hacia Chaville al salir de la oficina, acontecíale por la mañana despertar buscando sobre la almonaca las pesadas masas de negros cabellos, sueltos de la peineta, en donde posaba su primer beso.

Sobre todo las noches le parecían interminables en aquel cuarto de hospedaje que le recor-

daba los primeros tiempos de su amorío, y la presencia de aquella querida delicada y silenciosa, cuya tarjeta perfumaba el espejo con perfume de alcoba y con el misterio de su nombre: Fanny Legrand. Salía entonces para cansarse, andar, aturdirse con el rum-rum y las luces de cualquier teatro de tercer orden, hasta el momento en que el anciano Boucherau le permitió pasar tres veladas por semana al lado de su prometida.

Por fin, estaba todo acordado. Irene le amaba; *Tío* consentía en ello; la boda se haría en los comienzos de Abril, al finalizar el curso. Que dábanles tres meses de invierno para verse conocerse, desearse y hacer la encantadora y amante paráfrasis de la primera mirada que enlaza las almas y de la primera declaración que las conmueve.

La noche de los esponsales, al regresar á su casa sin ningún deseo de dormir, túvolo Juan de arreglar su cuarto, por ese instinto natural que nos hace relacionar nuestra manera de vivir con nuestras ideas. Colocó su mesa y sus libros no desatados y metidos aún en uno de aquellos cajones que se llenaron de prisa, y en los que



estaban las obras de legislación, entre un montón de pañuelos y una blusa de campo. De entre las hojas de un diccionario de Derecho comercial, el que consultaba con más frecuencia, cayó entonces una carta sin sobre, con letra de la querida.

Fanny la confió al azar de sus futuros estudios, desconfiando del eternecimiento pasajero de Cesáreo, y pensando que así llegaría con más seguridad á su destino. Resistióse á desdoblarla al pronto, pero cedió á las primeras palabras escritas, muy dulces, muy razonables, y cuya agitación notábase sólo en el temblor de la pluma y en la desigualdad de los renglones. No le pedía más que un favor, uno solo que fuese á verla de vez en cuando. No le diría nada, no le reprocharía nada; ni el casamiento, ni aquella separación que comprendía era absoluta y definitiva. ¡Pero verle!...

«Piensa en que es para mí un golpe terrible, y tan inesperado, tan brusco... Estoy como después de una muerte ó de un incendio, sin saber lo que me pasa. Lloro, espero, miro el sitio en que estaba mi felicidad. Sólo tú puedes aclimatarme á esta nueva situación... Es un acto de

caridad; ven á verme, para que no me encuentre yo tan sola... Tengo miedo de mí...»

Estas quejas, este llamamiento suplicante, eran toda la carta, y se reanudaban á cada momento con la misma palabra: «Ven, ven...» Podía creer que estaba en el claro del bosque, con Fanny á sus pies, y en la violada penumbra de la tarde, aquel pobre rostro levantado hacia él, ajado y flácido con el llanto, y aquella boca abierta que se llenaba de sombra para gritar. Esto fué lo que le asedió toda la noche, lo que turbó su sueño, y no la dichosa embriaguez que hubo traído de casa de su prometida. Y lo que volvió á ver fué aquella cara envejecida, marchita, á pesar de cuantos esfuerzos hizo para poner entre él y ella el rostro de puros contornos, y pulpa de clavellina en flor, en el que el amor confesado dejaba traslucir bajo los ojos pequeños y sonrosados arreboles.

Esta carta tenía ocho días de fecha; ocho días en que la infeliz esperaba una palabra ó una visita, el estímulo que para su resignación pedía. Pero ¿cómo no le había vuelto á escribir? Quizás está enferma; y volvían sus antiguos temores. Pensó que Hettema podría suministrarle infor.



mes, y confiando en la regularidad de sus costumbres, fuese á esperarle á la Comisión de Artillería.

Daba la última campanada de las diez en Santo Tomás de Aquino, cuando nuestro obeso individuo aparecía al extremo de la plazoleta, con el cuello del gabán subido, la pipa en la boca, y en la pipa sus dos manos para calentarse los dedos. Juan desde lejos mirábale venir, muy conmovido por todo lo que le recordaba; pero Hetteima le acogió con un gesto de mal humor, que disimuló muy poco. «¿Es usted?» ¡No le hemos echado pocas maldiciones esta semana!... ¡Nosotros que habíamos ido al campo para vivir tranquilos!...»

Y en la puerta, acabando su pipa, le contó que el domingo pasado convidaron á Fanny y al niño á comer, porque era día de salida para éste último, con el objeto de distraerla un poco de sus malas ideas. En efecto, comieron bastante alegremente, y hasta cantó ella un trozo de música, á los postres: separáronse á eso de las diez, y ya se disponía á acostarse con delicia, cuando de pronto golpean en los postigos de la ventana, y la voz de José los llama asustada.

—Vengan ustedes pronto: mamá quiere envenenarse... Hetteima se apresura, llega á tiempo para arrancarla de las manos á la fuerza el frasco de láudano. Fué preciso luchar á brazo partido con ella, sujetarla y defenderse de las cabezadas y arañazos con que le hería el rostro. En la lucha se rompió la ampolleta, el láudano se derramó por todas partes, y sólo resultó de aquello las ropas manchadas y apestando á veneno. «Pero ya comprenderá usted que tales escenas y todo este drama de gacetilla, no son para personas tranquilas... Así es que se acabó, he despedido la casa y el mes que viene me mudo...» Metió su pipa en el estuche, y con un adiós muy calmoso desapareció entre los arcos bajos de un patinillo, dejando á Gaussín trastornado con lo que acababa de oír.

Figurábase la escena en aquel cuarto que había sido el suyo, el susto del niño pidiendo socorro, la lucha brutal con el gordinflón; creía oler el opiáceo olor, el amargor soñoliento del láudano derramado. Duróle el espanto todo el día, agravado con el aislamiento en que iba á vivir ella. Al marcharse los Hetteima, ¿quién detendría su mano en una nueva tentativa?



Una carta vino á tranquilizarle un poco. Fanny le agradecía no ser tan cruel como quería aparentar, puesto que aún se tomaba algún interés por la pobre abandonada. «Te lo han dicho, ¿verdad?... ¡He querido morir... era por verme tan sola!... Lo he intentado, no he podido, me detuvieron, acaso temblaba mi mano... El temor de sufrir, de ponerme fea... ¡Oh! Esa Doré, ¿cómo tuvo tanto valor?... Pasada la vergüenza de haber fracasado en mi propósito, ha sido un regocijo pensar en que podré escribirte, amarte desde lejos, verte todavía, porque no pierdo la esperanza de que vengas una vez, como se vá á casa de una amiga desgraciada, á una casa en que hay duelo; por compasión, sólo por compasión.»

Desde entonces, llegaba de Chaville cada dos ó tres días una caprichosa correspondencia, larga, corta, un diario de dolor que no tuvo ánimo para devolver, y que agrandó en aquel corazón tierno el espacio vivo de una piedad sin amor, no ya para con la querida, sino para con el ser humano que sufría por su causa.

Un día era la marcha de sus vecinos, de aquellos testigos de su pasada dicha, que se llevaban

tanto recuerdo. Ahora ya no se quedaban para recordar el ayer más que los muebles, las paredes de su casita, y la asistenta, animal montaraz que se interesaba tan poco en sus cosas como la oropéndola friolenta con el invierno, con el plumaje desalisado en un rincón de su jaula.

Otro día, un pálido rayo del sol que alegraba los cristales, hacía la levantarse muy alegre con esta persuasión: «¡Hoy vendrá!...» ¿Por qué?... Por nada, por un presentimiento... É inmediatamente poníase á embellecer la casa y á engalanarse coquetamente con su traje de los domingos y el peinado que á él le gustaba; luego, hasta la tarde, hasta el último rayo de luz, contaba los trenes desde la ventana de la sala, le oía venir por el Empedrado de los Guardas... ¿Habrás visto locura igual?...

Á veces nada más que un renglón: «Llueve, está muy oscuro... estoy sola y lloro por tí...» Ó bien se contentaba con poner bajo un sobre una pobre flor mojada y rígida por la escarcha, la última de su jardincillo. Mejor que todas las quejas, aquella flor recogida bajo la nieve describía el invierno, la soledad, el abandono; veía el sitio al extremo de la alameda, y junto á los



arriates una falda de mujer mojada hasta el ribete, yendo y viniendo en un paseo solitario.

Esta piedad que angustiaba su corazón, hacía le vivir aún con Fanny, á pesar de la ruptura. Pensaba en ella; figurábasela á todas horas; mas por un singular desfallecimiento de su memoria, aunque hacía á lo sumo seis semanas de su separación y estaban aún presentes en sus recuerdos los menores detalles de su domicilio, como la jaula de La Balúe, enfrente de un reloj de cuco de madera que les tocó en suerte en una fiesta campestre, y hasta las ramas del nogal que al menor soplo de viento golpeaban los cristales de su cuarto de aseo, la mujer no se le aparecía ya tan distintamente. Veíala en nebulosa lontananza, con un solo detalle de su rostro, detalle acentuado y penoso: el de su boca deformada y la sonrisa taladrada por aquel diente que la faltaba.

Envejecida hasta ese extremo, ¿qué iba á ser de la infeliz criatura en cuyos brazos había dormido tanto tiempo? Al acabársele el dinero que la dejó, ¿adónde iría, hasta qué abismo? Y de pronto surgía en sus recuerdos la triste buscona que encontró una noche en una taberna inglesa, muriéndose de sed ante su lonja de salmón cu-

rado. Sería eso; aquella cuyos cuidados aceptó muchos años, así como aceptó su ternura apasionada y fiel. Y desesperábale esta idea... ¿Y qué hacer? Por haber tenido la desgracia de encontrar á esta mujer, de vivir algún tiempo con ella, ¿estaba condenado á no dejarla y á sacrificar su felicidad? ¿Por qué había de tocarle esta misión á él, y no á los otros? ¿En nombre de qué justicia?

Y al par que se negaba á verla otra vez, la escribía; y sus cartas, por cálculo positivistas y secas, dejaban traslucir su emoción bajo los consejos de cordura y de apaciguamiento. Exhortábala á que sacase á José del colegio y lo tuviese á su lado para ocuparse en algo, para distraerse. Pero Fanny se negaba. ¿Á qué conducía hacer testigo de su dolor y de su desaliento á este niño? Bastaba para ello con los domingos, días en que el pequeñuelo iba de una silla á otra, vagaba de la sala al jardín, adivinando que una gran desgracia había entristecido la casa, y no atreviéndose á preguntar por «papá Juan» desde que le dijeron sollozando que se había marchado, y que ya no volvería.

—¡Entonces todos mis papás se marchan!



Y esta frase del niño abandonado, escrita en una aflictiva carta, quedó como un peso en el corazón de Gaussín. Pronto aquella idea de saber que seguía viviendo en Chaville fué convirtiéndose en tal opresión, que la aconsejó el regreso á París y ver á la gente. Con su triste experiencia de los hombres y de las rupturas, Fanny no vió en esta oferta más que un horroroso egoísmo, el deseo de desembarazarse de ella para siempre, por uno de esos bruscos arranques familiares en ella, y explicóse acerca de esto con sinceridad:

«Ya sabes lo que te he dicho otras veces... Continuaré siendo tu mujer, á pesar de todo, tu mujer amante y fiel. Nuestra casita me llena con tu recuerdo y no quisiera dejarla por nada del mundo... ¿Qué haría yo en París...? Me repugna mi pasado, que es lo que te aleja; y luego, piensa á lo que nos expones... ¿Te crees muy fuerte? Si es así, ven, ingrato... una vez... nada más que una...

No fué; pero un domingo<sup>4</sup> por la tarde, estando solo trabajando, oyó dar dos golpecitos en la puerta. Se estremeció, reconoció su viva manera de anunciarse como en otro tiempo.

Temerrosa de verse detenida abajo por alguna consigna, había subido de un tirón, sin preguntar á nadie. Acercóse él, apagando sus pasos la alfombra, oyendo su respiración tras de la puerta.

—Juan, ¿estás ahí...?

¡Oh! aquella voz humilde y quebrantada... Repitió una vez, pero no muy alto: «¡Juan...!» y luego una suspirada queja, el roce de una carta y la caricia y el adiós de un beso tirado.

Bajó la escalera lentamente, peldaño tras peldaño, como quien espera que le llamen; solo entonces Juan recogió la carta y la abrió. Aquella mañana habían enterrado á la niña de Hochecorne en el hospicio de Niños enfermos. Había venido con el padre y algunas personas de Chaville y no había podido resistir al deseo de subir para verle y dejarle aquellos renglones escritos de antemano... «¡Ya te lo decía yo! Si viviera en París no se vería á nadie más que á mí en tu escalera... Adiós, dueño mío, vuelvo á nuestra casa...»

Y leyendo con los ojos enturbiados de lágrimas, recordaba la misma escena en la calle de la Arcada, el dolor del amante despedido, la



carta deslizada por debajo de la puerta, y la risa descorazonada de Fanny. ¡De modo que le amaba más de lo que él amaba á Irene! ¿Ó era acaso que el hombre, más metido que la mujer en el combate de los negocios y de la vida, no tiene, como ella, el exclusivismo del amor, el olvido y la indiferencia de todo lo que no sea su pasión absorbente y única?

Esta tortura, este mal de compasión que le aquejaba, no se apaciguaba más que junto á Irene. Sólo allí desaparecía su angustia, fundíase bajo el dulce rayo azul de sus miradas. No le quedaba más que una laxitud grande, una tentación de reclinar la cabeza en su hombro, de permanecer así sin hablar, sin moverse en aquel abrigo.

—¿Qué tiene usted? —decíale...— ¿No es usted feliz? Sí, muy feliz. Pero, ¿por qué estaba formada su dicha con tantas tristezas y tantas lágrimas? Y á veces hubiera querido confesarlelo todo, como á una amiga inteligente y buena: sin pensar ¡pobre loco! en la turbación con que tales confidencias agitan á las almas nuevas, y en las incurables heridas que pueden causar á la confianza del cariño. ¡Ah! ¡Si hubiera podido

¡levársela, huir con ella! Presentía que este pudiera ser el fin de los tormentos; pero el viejo Bouchereau no quería hacer merced de una sola hora del plazo fijado: «Soy viejo, estoy enfermo... No volveré á ver á la niña; no me prive usted de estos últimos días...»

Bajo su aspecto rudo, era aquel grande hombre el mejor de los hombres. Condenado sin remisión por la enfermedad de corazón, cuyos progresos él mismo iba notando y comprobando, hablaba de ello con sangre fría admirable, continuaba sus cátedras, sofocándose, auscultaba enfermos menos atacados que él. Había en aquella vasta inteligencia una sola debilidad, que delataba á las claras el origen campesino del turenés: su respeto á los títulos, á la nobleza. Y el recuerdo de las torrecillas de Castelet, el antiguo apellido de Armandy, no fueron extraños á la facilidad con que aceptó á Juan para marido de su sobrina.

Haríase la boda en la casa solariega, lo cual evitaría un viaje á la pobre mamá, que enviaba cada ocho días á su hija futura una bondadosa carta muy tierna, dictada á Divonne ó á una de las niñas de Bethania. Y experimentaba dulce



regocijo al hablar con Irene de sus parientes, en hallarse como en Castelet en la plaza de Vendôme, con todas sus afecciones, estrechándose alrededor de su adorada prometida.

Asustábase sólo al sentirse tan viejo, tan cansado ante ella; al verla hallar placer infantil en cosas que ya no le divertían, en alegrías de la vida común con que él no contaba ya. Así aconteció con la lista que tuvieron que hacer de todo lo que necesitarían llevarse al Consulado; muebles y telas que debían elegir; lista á cuya mitad se detenía una noche, insegura la pluma, aterrado por el recuerdo que le asaltaba de su instalación en la calle de Amsterdam y por la renovación inevitable de tantos goces gastados, aniquilados en aquellos cinco años al lado de una mujer, con un disfraz de matrimonio y familia.

---

## XIV

—Sí, querido, ha muerto esta noche en brazos de Rosa... Vengo de llevarlo á casa del disecador.

El compositor De-Potter, á quien encontrara Juan al salir de una tienda de la calle de Bac, agarrábasele con una necesidad de efusión, que no se acomodaba con sus facciones impasibles y duras de hombre de negocios, y le relataba el martirio del pobre Bichito, á quien mató el invierno parisién, pasándose de frío, á pesar de los cabezales de algodón en rama y la mecha de espíritu de vino encendida durante dos meses y ardiendo bajo su nidito, de igual manera que se acostumbra proceder con los niños sietemesinos. Nada bastó para impedir que tiritase, y la noche antes, mientras que todos le rodeaban, sacudióle desde la cabeza á



la cola el último calofrío, y murió como buen cristiano, merced á los chorros de agua bendita que en su granujienta piel, por la que se desvanecía la vida, formando moarés cambiantes y movimientos de prisma, derramaba mamá Pilar, diciendo fija la vista en el cielo: *¡Dios le perdone!*

—Ríome de ello; pero con esto y con todo, tengo el corazón afligido, y más cuando pienso en la pena de mi pobre Rosa, á la que dejo llorando... Afortunadamente, Fanny estaba acompañándola.

—¡Fanny?...

—Sí, mucho tiempo hacía que no la veíamos... Llegó esta mañana; precisamente á lo mejor del drama, y esta buena muchacha se ha quedado consolando á su amiga. — Agregó, sin parar mientes en la impresión que causaban sus palabras: — «¿Conque se acabó? ¿Ya no viven ustedes juntos?... ¿Se acuerda usted de nuestra conversación en el lago de Enghien? Usted, al menos, se aprovecha de las lecciones que le dan... » Y traslucíase un rasgo de envidia en su aprobación.

Rugosa la frente, Gaussín experimentaba verdadero malestar pensando que Fanny había

vuelto á casa de Rosario; pero se reprochaba esta debilidad, puesto que al fin y á la postre no tenía ya derechos ni responsabilidad sobre aquella existencia.

Ante una casa de la calle de Beaume, en una calle muy antigua del París aristocrático de otro tiempo, y por la que acababan de entrar, paróse De Potter. Allí vivía, ó más bien por las conveniencias, por la sociedad estaba obligado á vivir, porque realmente pasaba el tiempo en la Avenida de Villiers ó en Enghien, haciendo solo apariciones en el domicilio conyugal para evitar que su mujer y su hijo pareciesen demasiado abandonados.

Seguía Juan su camino disponiendo ya una despedida; mas retuvo el otro la mano entre las suyas largas y duras de destructor de teclados, y sin el menor embarazo, como hombre á quien no avergüenza el vicio adquirido.

—Hágame usted un favor... Suba usted conmigo. Hoy debería comer con mi mujer, pero es lo cierto que no puedo dejar sola con su desesperación á mi pobre Rosa... Me servirá usted de pretexto para salir, y me evitará una explicación enojosa.



El cuarto del músico, situado en el segundo piso, magnífico y frío, de un domicilio burgués, ofrecía el aspecto de abandono de la habitación en que no se trabaja. Todo estaba allí demasiado limpio, sin el desorden, sin nada de la activa fiebre de que se contagian los objetos y los muebles. Ni un libro, ni una cuartilla había sobre la mesa, que ocupaba majestuosamente un enorme tintorero de bronce, sin tinta, y reluciente como un modelo de escaparate; ni partitura sobre el viejo piano de forma de clavicordio en el cual se inspiraron sus primeras obras. Y un busto de mármol blanco, el busto de una joven de facciones delicadas y dulce expresión, muy pálido por la caída de la tarde, aumentaba lo frío de la chimenea sin lumbre y cerrada y parecía mirar tristemente las paredes cargadas de las coronas doradas llenas de cintas, las medallas, los cuadros conmemorativos, todos los despojos gloriosos y vanos que se dejaban á la mujer por compensación, y de los que ella cuidaba como adornos del sepulcro de su dicha.

Apenas entraron, volvióse á abrir la puerta del despacho y se presentó la señora De Potter.

—¿Eres tú, Gustavo?

Creyó que estaba solo, y se detuvo ante el rostro desconocido con visible inquietud. Elegante y linda, con una exquisita é inteligente manera de vestirse, parecía más delgada que su busto, cambiada la dulce expresión de su fisonomía por nerviosa y decidida resolución. En la sociedad andaban los pareceres divididos acerca del carácter de esta mujer. Censurábanla, unos, por soportar el público desdén de su marido, su amancebamiento conocido, definitivo; otros, por el contrario, admiraban su silenciosa resignación. Y la opinión general la consideraba como un ser tranquilo, amante ante todo de su reposo, que hallaba suficiente compensación de su viudez en las caricias de un hermoso niño y en el júbilo de llevar el apellido de un grande hombre.

Pero mientras que el músico presentaba á su acompañante y decía el primer embuste que le venía en mientes para librarse de la comida de familia, en el estremecimiento de aquel juvenil rostro femenino, en la fijeza de aquella mirada que ya no veía ni atendía, como absorta en el sufrimiento, pudo Juan darse cuenta de que bajo aquellas exterioridades mundanas se enterraba vivo un gran dolor. Pareció aceptar aquella his-



toria, en la que no creía, contentándose con decir dulcemente:

—Raimundo va á llorar porque le prometí que comeríamos al lado de su cama.

—¿Cómo está?— preguntó De Potter distraído, impaciente.

—Mejor; pero siempre tosiendo... ¿No vienes á verlo?

Balbuceó algunas frases entre dientes, fingiendo buscar algo por el cuarto: «Ahora no... Estoy de prisa... Una cita á las seis en el Casino...» Lo que él quería era evadirse de estar á solas con ella.

—En ese caso, adiós,—dijo la joven tranquilizándose súbitamente, regularizándose sus facciones, recogida como agua pura que acababa de turbar hasta el fondo la caída de una piedra. Saludó y desapareció.

—¡Larguémonos!...

Y libertado De Potter, llevóse tras sí á Gaussín, quien miraba bajar la escalera, rígido y correcto, vestido con su largo gabán ceñido, de hechura inglesa, á este siniestro apasionado, tan conmovido cuando llevaba á disechar el camaleón de su querida y que se iba sin abrazar á su hijo enfermo.

—De todo esto, querido—exclamó el músico como respondiendo á las ideas de su amigo—tienen la culpa los que me casaron. ¡Buen favor nos hicieron á mí y á esa pobre mujer!... ¡Qué locura, quererme hacer á mí marido y padre!... Yo era el amante de Rosa, lo sigo siendo, y lo seré hasta que reviente uno de los dos... El vicio que se apodera de uno en ocasión propicia y que le agarra bien, ¿es cosa de que nos podemos desasir nunca?... Usted mismo está seguro de que si Fanny hubiera querido... Llamé á un cochero que pasaba de vacío, y subiendo:

—A propósito de Fanny: ¿no sabe usted la noticia?... Flamant está indultado; ha salido de Mazas... Déchelette hizo la solicitud... ¡Pobre Déchelette! Ha hecho favores hasta después de muerto.

Inmóvil, con insensato deseo de correr, de alcanzar aquellas ruedas que traqueteaban á escape por la sombría calle, donde encendían ya el gas, Gaussín se maravillaba al verse tan conmovido. «Flamant indultado... fuera de Mazas...» repetíase estas palabras en voz baja, viendo en ellas la causa del silencio en que estaba Fanny desde algunas días antes: de la brusca



interrupción de sus lamentos, enmudecidos por las caricias de un consolador, porque el primer pensamiento del miserable, al verse libre, debió ser para ella.

Recordaba la correspondencia amorosa fechada en la prisión, la obstinación de su querida en defender á este solo, cuando tan de barato daba á los demás; y en vez de felicitarse por una aventura que le descargaba lógicamente de toda inquietud y todo remordimiento, una indefinible angustia túvole despierto y febril parte de la noche. ¿Por qué? No la amaba ya; pero pensaba en sus cartas, que estaban en manos de aquella mujer, que tal vez las leería al otro, y de las que ¿quién sabe? bajo una mala influencia podría hacer uso alguna vez para turbar su tranquilidad, su dicha.

Esta preocupación por sus cartas, verdadera ó falsa, ó encubrimiento sin que él lo sospechase, celos de otro género, le decidió á dar un paso imprudente, á llevar á efecto la visita de Chaville, lo que siempre había rehuído obstinadamente. Pero ¿á quién confiar misión tan íntima y delicada?... Una mañana de Febrero, muy tranquilo de espíritu y corazón, tomó asiento

en el tren de las diez, temiendo únicamente hallar cerrada la casa y que la mujer hubiese ya desaparecido con su bandido.

En la curva de la vía, las persianas abiertas y las cortinas puestas en las ventanas del pabellón, le tranquilizaron, y acordándose de su emoción cuando vió alejarse á sus espaldas la lucecita que bordaba de puntos brillantes la sombra, burlábase de sí mismo y de la fragilidad de sus impresiones. No era ya el que pasaba por allí el mismo hombre, y ciertamente no iba á encontrar la misma mujer. Y, sin embargo, sólo habían transcurrido dos meses. Los bosques que bordeaba el tren no tenían hojas nuevas, y conservaban las mismas lepras de añublo que el día de la ruptura, y de sus clamores repetidos por el eco.

Solo bajó á la estación, y con aquella niebla penetrante y fría tomó por el sendero del campo, resbaladizo por la nieve endurecida, el terraplén del camino de hierro, no encontrando á nadie hasta el Empedrado de los Guardas, en cuya vuelta aparecieron un hombre y un niño, seguidos por un mozo de la estación que empujaba su carretón cargado de baúles.



El niño, envuelto en una bufanda y con la gorra metida hasta las orejas, reprimió un grito al pasar junto á él. «¡Calle, si es José!» se dijo, algo sorprendido y triste por esta ingratitud del niño; y al volver la cabeza encontróse con la mirada del hombre que llevaba al niño de la mano. Aquel rostro inteligente y fino, pálido por el encierro, aquellas ropas hechas, compradas la víspera, aquella barba rubia incipiente, que no había tenido tiempo de crecer del todo desde Mazas... Flamant... ¡pardiez! Y José era su hijo...

Fué una revelación como un relámpago. Volvió á ver y comprendiólo todo, desde la carta del cofrecillo, en la que el guapo grabador confiaba á su querida un niño que tenía en su tierra, hasta la misteriosa llegada del pequeñuelo, y el rostro contrariado de Hetteima al hablar de esta adopción, y las miradas de Fanny á Olimpia; porque todos se habían puesto de acuerdo para hacer que alimentase al hijo del falsario. ¡Oh! Valiente tonto, y cómo se debieron reir de él... Acometióle asco de todo aquel pasado de vergüenza, deseo de huir muy lejos; pero inquietábanle cosas que hubiera querido

saber. Partían el hombre y el niño: ¿y por qué no ella? Además, sus cartas, necesitaba sus cartas, y que nada suyo quedase en aquel rincón de mancilla y de infortunio.

—¿Señora?... Aquí está el señor...

—¿Qué señor?...—preguntó sencillamente una voz dentro de la alcoba.

—Yo...

Oyóse un grito, un salto presuroso, y luego: —Espera, me estoy levantando... Voy...

¡Todavía en la cama después de las doce! Juan sabía de sobra el por qué; conocía perfectamente las causas de aquellas tornabodas de cansancio, extenuadas, y mientras que la esperaba en la sala, los menores objetos usuales, el silbido del tren ascendente, el «mé» tembloroso de una cabra en un jardínillo de la vecindad, los cubiertos desordenados sobre la mesa, le trasladaban á las mañanas de antaño, al escaso almuerzo tomado deprisa antes de la marcha.

Fanny entró, abalanzándose á él, y luego, deteniéndose ante su frialdad, permanecieron un segundo, sorprendidos, vacilantes, como cuando tornan á verse las gentes después de esas intimidades quebrantadas, uno á cada lado de



un puente roto, con la distancia de orilla á orilla y entre ambos el espacio inmenso de la onda corriente y sumidora.

—Buenos días... le dijo en voz muy baja y sin moverse.

Hallábale cambiado, pálido. Él se sorprendía al verla tan joven, sólo algo más gruesa, menos alta de lo que él se la figuraba, pero bañada en esa irradiación especial, en ese brillo de la tez y de lo ojos, y esa suavidad de césped fresco con que la dotaban las noches de grandes caricias. Habíase, pues, quedado en el bosque, en el fondo del barranco lleno de hojas secas, aquella cuyo recuerdo carcomíale de compasión.

—Tarde se levantan en el campo...—dijo con acento irónico.

Se disculpó pretextando una jaqueca, y usaba, como él, de modos impersonales, no sabiendo decir *tú* ni *usted*; luego, á la muda interrogación con que la indicaba el almuerzo acabado de servir, contestó: «Es el niño .. Almorzó ahí esta mañana antes de marcharse...»

—¿Marcharse?... ¿Adónde?

Afectaba una indiferencia suprema, pero el

brillo de sus ojos le hacía traición. Y Fanny replicó:

—Ha reaparecido su padre... Ha venido á recogerlo...

—Al salir de Mazas, ¿no es eso?

Se estremeció, pero no trató de mentir.

—Pues bien, sí... Lo prometí y lo cumplí..

Muchas veces tuve deseos de decírtelo, pero no me atrevía, tenía miedo de que despidieras al pobre niño;— y añadió tímidamente:—¿Eras tan celoso!

Sonrióse con desprecio. ¡Celoso él de aquel presidario!... ¡Tendría que ver!... Y sintiendo que montaba en cólera, cortó la conversación y dijo vivamente lo que le traía. ¡Sus cartas! ¿Por qué no se las había dado á Cesáreo, evitando así una entrevista penosa para los dos?

—Es verdad—contestó con la misma dulzura;—pero voy á devolvértelas; están ahí...

Siguióla hasta la alcoba, vió la cama deshecha, tapada apresuradamente, echando la colcha sobre las dos almohadas; respiró aquel olor de cigarrillos quemados, confundido con los perfumes de tocador de mujer, los reconoció, así como el cofrecillo de nácar puesto sobre la mesa.



Y fuvieron los dos la misma idea. «No hay muchas, díjole abriendo la caja... no correríamos peligro de incendio...»

Él se callaba turbado, seca la boca, dudando de acercarse ó no á la revuelta cama, ante la cual ella hojeaba por última vez las cartas con la cabeza inclinada, dejando ver su nuca sólida y blanca bajo el recogido de sus cabellos, su cintura engrosada y blanda dentro del flotante traje de lana y el abandono...

—Toma, están todas.

Cogido el paquete, guardóselo bruscamente en el bolsillo; y como sus preocupaciones eran ya de otro género, preguntó:

—¿De manerá que se lleva á su hijo?... ¿Á dónde se van?...

—Á Morván, á su país, para ocultarse y hacer sus grabados, que enviará á París bajo un seudónimo.

—¿Y tú?... ¿Piensas quedarte aquí?...

Esquivó su mirada, balbuceando que aquello era muy triste. Así es que pensaba... tal vez se marchase muy pronto... un corto viaje...

—¿Á Morván, sin duda?... ¡En familiar!... Y dando suelta á su furor celoso: «Dí de una vez

que irás á reunirte con tu ladrón, que váis á vivir juntos... Hace bastante tiempo que lo deseas... Vamos. Vuelve á tu cubil. Una perdida y un falsario son digna pareja; demasiado bueno era yo al quererte sacar de ese fango.

Ella conservaba su inmóvil mutismo, y un relámpago de triunfo se filtraba por entre sus entornadas pestañas. Y cuanto más la azotaba el látigo de aquella ironía feroz, insultante, más enorgullecida parecía, y se acentuaba más el estremecimiento en la comisura de sus labios. Ahora él hablaba de su dicha, del amor honrado y juvenil, del amor único. ¡Oh! ¡qué dulce almohada para dormir en el corazón de una mujer honrada!... Luego, bruscamente; bajando la voz, como si se avergonzara:

—Acabo de encontrarme á tu Flamant. ¿Ha pasado aquí la noche?

—Sí, era tarde, nevaba... Le han hecho la cama en el sofá.

—¡Mientes! Ha dormido ahí... no hay más que ver la cama y verte á tí.

—¿Y qué?—Y acercando el rostro al suyo, con sus grandes ojos pardos, iluminados por llamarradas libertinas... ¿Sabía yo acaso que ibas á ve-



nir? Habiéndote perdido, ¿qué me importaba á mí lo demás? Estaba triste, sola, hastiada...

—Y luego, el perfume del presidio... después de vivir algún tiempo con un hombre honrado... ¿Te habrá agradado, eh?... ¡Cómo os habréis cebado de caricias! ¡Oh, puerca!... Toma...

Vió venir el golpe, y no lo evitó: recibiólo en pleno rostro, y luego, con un rugido sordo de dolor, de alegría, de victoria, se abalanzó á él, lo cogió en sus brazos: «Dueño mío, dueño mío... todavía me quieres»... Y rodaron juntos sobre la cama.

---

El ruido del paso de un tren expreso los despertó sobresaltados á prima noche, y abiertos los ojos, estuvo unos instantes sin reconocerse, solo en el fondo de aquella cama de matrimonio donde sus miembros, quebrantados como por una jornada de marcha excesiva, parecíanle puestos unos junto a otros sin ligamentos ni músculos. Por la tarde había caído mucha nieve. En un silencio de desierto, oíase cómo se fundía, chorreando por las paredes, á lo largo de los cristales, goteando en las guardillas del teja-

do, y á veces cayendo sobre el fuego de cok de la chimenea y salpicando la lumbre.

¿Dónde estaba? ¿Qué hacía allí? Poco á poco, con la reverberación del jardinillo, fué apareciéndosele por completo la blanca alcoba, recibiendo la claridad de abajo el gran retrato de Fanny colgado frente á él, y le volvía el recuerdo de su caída sin la menor sorpresa. Desde que entró, ante aquella cama, habíase sentido reincidente, perdido: aquellas sábanas lo atraían como un precipicio, y se dijo: «Si caigo en él, será sin remisión y para siempre.» Hecho estaba ya; y bajo la triste repugnancia de su cobardía, encontró como un consuelo en la idea de que no volvería á salir de aquel cieno, deplorable bienestar del herido que, perdiendo sangre y arrastrando su llaga, se extiende sobre un montón de estiércol para morir allí, y cansado de sufrir, de luchar, abiertas todas las venas, húndese con delicia en su blanda y fétida tibieza.

Lo que le restaba que hacer era horrible, pero sencillo. ¿Volver á Irene después de aquella traición, y correr el riesgo de un matrimonio á lo De Potter?... Por muy bajo que hubiese caído, no había llegado hasta ese punto... Iba á escri-



bir á Bouchereau, al gran fisiólogo que fué el primero en estudiar y describir las enfermedades de la voluntad, para someter á su examen un caso terrible, la historia de su vida desde el primer encuentro con esta mujer, cuando ella puso la mano en su brazo, hasta el día en que, creyéndose salvado, en plena dicha, en total embriaguez, volvíale á coger con la magia del pasado, de aquel horrible pasado en que ocupaba el amor tan poco espacio, y todo la cobarde costumbre y el vicio introducido en los huesos.

Abrióse la puerta. Fanny andaba de puntillas por el cuarto para no despertarle. Por entre sus cerrados párpados la miraba, viva y fuerte, rejuvenecida, calentándose en el hogar los pies mojados por la nieve del jardín, y de vez en cuando, volvíase hacia él con la misma sonrisa que tuvo por la mañana durante la disputa. Llegóse á coger el paquete de tabaco de hebra, que estaba en el sitio de costumbre, lió un cigarrillo, é íbase ya, pero la detuvo.

—¿No duermes?

—No... siéntate ahí. y hablemos.

Quedóse al borde de la cama, algo sorprendida ante esta gravedad.

—Fanny... vamos á marcharnos.

Ella creyó al principio que se burlaba para ponerla á prueba. Pero los precisos detalles que enumeraba la desengañaron pronto. Había un puesto vacante, el de Arica: lo pediría. Era cuestión de quince días; el tiempo preciso para arreglar las maletas.

—¿Y tu casamiento?

—No hay que hablar de ello... Lo que acabo de hacer es irreparable... Comprendo que se acabó todo, y que ya nunca podré separarme de tí.

—¡Pobre nene!—exclamó con triste ternura, algo despreciativa. Luego, después de lanzar dos ó tres bocanadas de humo:

—¿Está lejos esa tierra de que hablas?

—¿Arica?... Muy lejos, en el Perú...—Y en voz baja: «Flamant no podrá reunirse contigo...»

Quedóse pensativa y misteriosa, envuelta en su nube de tabaco. Él seguía estrechando su mano, rozando su brazo desnudo, y adormecido por el gotear del agua alrededor de la casita, cerraba los ojos, sumiéndose en el cieno dulcemente.